Capítulo I

Fe, el arma más poderosa

Recíbela, tu fe te ha salvado” (Lucas 18:42)

La Biblia está repleta de hechos que expresan la fuerza y el poder de una fe activa. Desde Abraham hasta hoy, personas de ambos sexos, sabias e incultas, de todas las edades y capas sociales, han demostrado con sus vidas la realidad de Dios a través de su fe.

Por medio de la fe, hombres sin ninguna relevancia en la sociedad se convirtieron en los más importantes de su época; por la fe, Abram pasó a llamarse Abraham, debido a la gran bendición que alcanzó de Dios por haber sido valiente y obediente con el Señor; por la fe, José, después de haber sido vendido como esclavo a Egipto, pasó a ser el segundo hombre más importante de aquel país, estando sujeto sólo a la autoridad del Faraón; por la fe, Moisés, despojándose del derecho a todos los privilegios del imperio egipcio, ayudó a su pueblo a liberarse de la esclavitud de aquella tierra, y usando la fe y el coraje liberó a los israelitas, llevándolos así a la tierra prometida, donde, según la promesa del Señor, manaría leche y miel. También por la fe, Josué derribó las murallas de Jericó, después de haberlas rodeado trece veces, consiguiendo que el pueblo judío poseyera la tierra prometida.

La fe es todo esto y mucho más, por cuanto está enfocada en un Dios Vivo. Ella transforma el ambiente, cualquiera que este sea; por más tenso y tenebroso que pueda parecer, la fe lo limpia y purifica; lo que los médicos no pueden hacer, lo que los remedios no pueden realizar, es lo que la fe hace y realiza. Hace posible todos los imposibles de la vida, transcendiendo incluso la propia razón.

La fe es como una parte de Dios dentro de nosotros y, cuando actúa, el ser humano se vuelve ilimitado en aquello que él desea realizar, pues en cuanto está de acuerdo con Dios, el propio Dios se vuelve asociado a él en aquella realización. Fue por eso mismo que el Señor Jesús dijo: “... si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:19).

La Biblia afirma que: “... sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6); esto quiere decir que, cuando queremos agradar a Dios realmente, entonces manifestamos una fe total en su Santa Palabra. En nombre del Señor Jesucristo, acontecerá el milagro de la fe y tendrá la gloria Dios en las alturas celestiales, porque nosotros le hemos agradado.

¿Qué es fe?

Según el Espíritu Santo, fe es: “... la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). En otras palabras, fe es la certeza que tenemos dentro de nosotros mismos, de que Dios cumplirá todas Sus promesas escritas en la Sagrada Biblia. Muchas personas incrédulas afirman: “yo necesito verpara después creer...” (Satanás 1:1); mientras que la fe es exactamente lo contrario de lo que el diablo enseña, es decir: primero nosotros creemos de todo nuestro corazón, para entonces poder ver con nuestros ojos físicos... Así es el lenguaje de la fe.

Para aquellas personas que precisan ver para después creer, tenemos un excelente ejemplo narrado en Lucas 18:35-43: “Aconteció que acercándose Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando; y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús nazareno. Entonces dio voces,

diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista. Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha salvado. Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios".

Considero este pasaje bíblico como uno de los más importantes en lo que dice con respecto a la fe, si tenemos en cuenta el hecho de que aquel ciego nunca había oído hablar al Señor Jesús. Naturalmente, después de tener conocimiento de que Jesús estaba entrando en la ciudad, inmediatamente nació una gran fe en su corazón hasta el punto de no aceptar la derrota, al no ser atendido tras la primera petición, suplicó más fuerte todavía, hasta ser oído y bendecido. Esto provocó su certeza de que sería atendido. ¡Su fe provocó el milagro!

Cuántas son las personas que después de elevar la oración de fe, una única vez y, al no alcanzar de inmediato la curación, pierden la confianza y no vuelven más...

A veces Dios prueba a las personas y en el caso del ciego creo que el Señor Jesús había oído su primera súplica; aún así, esperó el segundo grito. La insistencia muestra el valor de nuestra fe en Dios.

Fe y sentidos

La fe es independiente de nuestros cinco sentidos. El hombre natural es una creación de los sentidos; él todavía ve o siente los síntomas de la aflicción, insiste en creer en lo que sus sentidos le dicen, en vez de creer en lo que la Palabra de Dios afirma. La fe, al contrario, no es influida por

lo que el ojo ve y, de hecho, ni le presta atención. La fe no honra los sentidos naturales del hombre, sino que recibe su fuerza de la Palabra inmutable de Dios. De hecho, si no fuese ésa la naturaleza real del hombre, no habría necesidad de algo que Dios requiere de nosotros, que se denomina fe. ¿Habría necesidad de la fe para aquello que el ojo ya ve, o para aquello que la mano palpa? La fe es una certeza íntima de algo que se espera, y que positivamente sucederá, cualquiera que sea la situación, el momento o incluso el lugar donde nos encontramos. Por tanto, así dice Dios el Señor: “He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure” (Isaías 28:16). Así podemos afirmar que la fe es más una cuestión de aceptación de aquello que Dios prometió en Su Palabra y que ya se cumplió antes que cualquier otra cosa.

La persona que tiene fe espera pacientemente para tomar posesión de aquello que por la fe ya le pertenece. No se apresura, o huye y mucho menos procura “echar una manita” a Dios; ¡no! Da por cierto lo que Dios ha prometido.

Hoy yo entiendo por qué el Señor dijo: “el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Marcos 10:15). Él habló de esta forma, porque la fe para el mundo escéptico es un gran misterio, incomprensible y que escapa de la razón humana, y es exactamente por esta razón que nosotros, para poseerla, necesitamos abstenernos de la sabiduría humana y volvernos niños, que en su humildad e inocencia aceptan la Palabra de Dios de todo su corazón.

Otro gran ejemplo de fe es el hecho de creer en el Señor Jesús, sin haberlo visto ni una sola vez. No le hemos visto nacer de una virgen, vivir, morir y resucitar; sin embargo, nuestra creencia en Jesús es tan fuerte y tan absoluta, que somos capaces hasta de morir por Él, si fuese preciso, incluso no habiéndole visto jamás. Y esto, ¿no es una fe

maravillosa? ¿Cómo puede esto suceder, o cuál es la explicación para tal hecho? Solamente la fe es capaz de responder a estos y otros interrogantes. Es decir, incluso no viéndole, nosotros tenemos la absoluta certeza de la realidad de Su Santa Persona.

Podría alguien intentar probarnos lo contrario incluso con pruebas incontestables, pero jamás nos despojaríamos de esta firme convicción. ¿Por qué? Yo respondo: ¡es la fe! Si un ángel descendiera del cielo e intentara persuadirnos de que Jesús es sólo un mito, aún así, jamás aceptaríamos como verdadero su testimonio, pues la fe es mucho más fuerte que todo al estar fundamentada en la Palabra de Dios y ésta consolidada en nuestros corazones por el Espíritu Santo. ¡Aleluya! La fe es una parte de Dios dentro de cada uno de nosotros; por eso, podemos sentir su poder, capaz de posibilitarnos para hacer cualquier cosa, e incluso afirmar como el apóstol Pablo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

Capítulo II

Como Adquirir Fé

El profundo deseo de las personas es tener fe, y cuanta más fe tengan, más victorias conseguirán en la vida, siempre que dependan directamente de una fe sólida en Dios. Naturalmente, los materialistas no estarán de acuerdo con esta premisa; pero, si meditamos un poco sobre lo que dice el apóstol Pablo cuando escribió inspirado por el Espíritu Santo en Efesios 6:10-12: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Entonces tendremos la absoluta certeza de que todos los problemas que el ser humano enfrenta están unidos directamente al ámbito espiritual y, siendo así, no tenemos otra manera por la cual podamos luchar y vencer sino a través de la fe en el nombre del Señor Jesucristo.

Todo lo que es valioso tiene un precio, para conseguir la medida necesaria de la fe que nos dé poder para mover montañas, debemos esperar pagar el precio. Procuraremos tratar algunos puntos importantes que saltan a la vista, con el fin de obtener el camino libre para una fe victoriosa. Existen otros aspectos para tal objetivo, de menor importancia, pero entiendo que éstos son los principales.

Vaciarse de sí mismo

Ahora imagine, amigo lector, un jarrón repleto de flores variadas, y usted desea que este jarrón tenga sólo flores

rojas. ¿Qué hace usted? Primero, usted lo vacía, después lo lava y coloca las flores que usted desea, que son las rosas rojas ¿no es cierto? Pues bien: es exactamente así que nosotros tenemos que proceder con respecto a la fe. Si usted desea una vida de fe, tiene la necesidad urgente de vaciarse de sí mismo. Las personas dejan de gozar de la vida abundante que es ofrecida en el Cristianismo, única y simplemente, porque están llenas de pensamientos contrarios a la voluntad de Dios. Organizan sus religiones, filosofías y maneras de reaccionar ante los problemas que se les presentan. Cuántas veces yo decía: “nací católico y moriré católico, y nadie va a hacerme cambiar de actitud....” o “A fin de cuentas, mis antepasados fueron católicos y no voy a ser yo quien cambie ahora...” Realmente, es muy difícil llevar el mensaje genuinamente cristiano al corazón de estas personas, y hasta recomendamos a los demás cristianos no insistir con su testimonio de fe, intentando imponerla a dichas personas. Jamás alguien así conseguirá una fe sólida en el Señor Jesucristo, porque la revelación del Hijo de Dios a nosotros depende exclusivamente del conocimiento de la Palabra de Dios, inspirada por el propio Dios, en la persona del Espíritu Santo. Y para que el Espíritu Santo pueda obrar dentro de nosotros, es necesario que nos presentemos a Él, con los corazones vacíos de nosotros mismos.

Es por esta razón que afirmamos que hay un precio que pagar y en este caso, la persona lo paga despojándose de todo el conocimiento religioso que tiene, de sus tradiciones y pensamientos vanos a fin de que pueda ser lleno del Espíritu de Dios.

Así sucedió con el famoso apóstol Pablo. Durante su vida religiosa de obediencia a los ritos y mandamientos judaicos persiguió a los cristianos, hasta el punto de apresarlos, metiendo en la cárcel a hombres y mujeres, ancianos y

jóvenes, todo por su religión, pero cuando se dirigía a Damasco, en el camino tuvo una revelación y de ahí en adelante, de perseguidor de cristianos pasó a ser perseguido por amor a la causa del Señor Jesucristo. La transformación de su mente fue tan radical, que llegó hasta el punto de morir por ella. Todo aquello que él había aprendido durante años, Pablo lo consideró sin valor, debido al nuevo y vivo camino que descubrió para llegar a Dios.

Si usted, amigo lector, mantiene conceptos preconcebidos contra la Biblia, y piensa que ya está pasada de moda, o sobrepasada por el avance de la ciencia, o que no es totalmente la Palabra de Dios, cree que tiene muchas fallas o que durante el transcurso de los siglos ha perdido su originalidad, entonces permítame informarle que mientras que usted no abandone definitivamente estos pensamientos, jamás tendrá una fe saciada, activa y poseedora de las bendiciones de Dios.

Por otro lado, incluso si usted es un creyente evangélico tradicional, cree que realmente Jesús es su salvador personal, pero aún así mantiene también ideas preconcebidas con respecto a los milagros que el Señor Jesús prometió hacer con aquellos que lo invocan en espíritu y en verdad, es decir, de acuerdo con Sus santas promesas. Si usted cree que los milagros del Señor Jesús ya pasaron, que para que Él muestre Su divinidad tendría que realizar ahora algunos hechos entre nosotros, y que ahora la cosa es bien diferente, entonces debo decirle que usted es un genuino creyente incrédulo, que necesita urgentemente una revelación del Espíritu Santo para conocer lo que es fe real y verdadera en Cristo.

Un ejemplo bíblico, que además es sensacional, es el caso de Moisés que cuando fue a llevar el rebaño de Jetro, su suegro, al otro lado occidental del desierto, llegó al monte de Dios, llamado Horeb. Le apareció el Ángel del

Señor en una llama de fuego en medio de una zarza; Moisés miró, y he aquí que la zarza ardía en fuego pero no se consumía. Entonces, lleno de curiosidad, se aproximó y oyó al Señor diciendo: “¡Moisés, Moisés!.. No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:4-5).

Para que poseamos una fe victoriosa, como ya dijimos, necesitamos pagar un alto precio, y éste no siempre se consigue pagar debido al egoísmo, al orgullo, al pudor, etc. Antes que Moisés dialogara con Dios, tuvo que quitarse las sandalias de sus pies, y nosotros no podemos hacer menos. Para conseguir contactarnos con Dios, tenemos que quitarnos nuestras sandalias tradicionales, sandalias de conceptos y preceptos humanos, tenemos que quedarnos vacíos de nosotros mismos, de nuestra religiosidad, de los pedestales de orgullo y vanidad, de las doctrinas caducas, de cargas emocionales, de pensamientos de cobardía espiritual; en fin, limpiar primero nuestro interior para, entonces, presentarnos delante de Dios y recibir el verdadero don del Espíritu Santo.

La lectura bíblica

La Biblia afirma que: “Sin leña se apaga el fuego...” (Proverbios 26:20), y nosotros podemos añadir que sin lectura o conocimiento de la Sagrada Escritura es imposible recibir una medida de fe mayor. El Espíritu Santo nos amonesta que “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17). Está claro que si yo no sé la voluntad de Dios para mi vida, ¿cómo tendré fe o certeza para hacer Su santa voluntad?

Uno de los grandes problemas para las personas al leer o al intentar leer la Biblia es que no consiguen entender casi nada de aquello que leen. Realmente, esto es común al

principio de la vida cristiana. Nosotros leemos capítulos y más capítulos y muy poco aprendemos de su enseñanza. Lo primero que debemos hacer antes de leer la Biblia, es suplicar al Espíritu Santo que nos conduzca y guíe, abriendo nuestro entendimiento espiritual, para que aprovechemos al máximo el mensaje de la Palabra de Dios para nosotros. No debemos desanimarnos si de la lectura de algún pasaje no obtenemos la debida comprensión. Ciertamente, el Espíritu Santo ha de guiarnos a toda la verdad y hará nacer dentro de nosotros una fe sólida, capaz de mover las montañas que se nos presentan cotidianamente. Con el paso del tiempo, la persona terminará acostumbrándose al vocabulario bíblico y su vida irá ajustándose al plan divino.

Me acuerdo perfectamente que cuando me encontré con Dios, mi vida se transformó por completo y la Biblia pasó a ser un libro vivo y palpitante. Diariamente por la noche, antes de dormir, leía tres o cuatro capítulos: dos capítulos del Antiguo Testamento y uno o dos del Nuevo Testamento. Es claro que a la mayoría de los versículos no los entendía mucho y en algunos casos absolutamente nada, pero no por eso dejaba de leerlos. Muchas veces cuando me encontraba con las genealogías y también con las leyes concernientes a los sacrificios, para mí era un verdadero motivo de desánimo, pues en aquellos asuntos no tenía ni la más mínima noción de su significado. Lo que sucede con nosotros es que, cuando no entendemos las cosas, dejamos de interesarnos por ellas. Hoy, gracias a Dios, el conocimiento que tengo se debe al hecho de mi tenacidad en la lectura de la Biblia, incluso en aquellos pasajes difíciles, que ahora me traen gozo espiritual. Por lo tanto, amigo lector, si usted no entiende lo que está leyendo en la Palabra de Dios, continúe, porque más tarde o más temprano los frutos han de aparecer, pues el Espíritu Santo vela sobre Su Santa Palabra noche y día, para que no se pierda ni una sola de sus buenas promesas.

Existen muchas personas que no tienen un mínimo de interés en leer la Biblia, no porque la detesten, sino simplemente porque, en las raras ocasiones en que la toman para leer, les viene sueño, aparece una visita, una interrupción o cosas tales que les desvían la atención. Jamás consiguen un mínimo de tiempo para oír la Palabra de Dios. Lo que sucede con estas personas es que en la mayoría de los casos son objeto de una gran opresión. Nosotros hemos orado por millares de personas en grandes grupos y siempre que nos referimos a los espíritus que les impiden leer la Biblia, acontece que se manifiestan en ellas verdaderas legiones de demonios. Existen espíritus inmundos que actúan exclusivamente de esta manera, con el objetivo de impedir a los individuos leer la Biblia y, consecuentemente, desconocer la voluntad de Dios para sus vidas.

El diablo sabe que a partir del momento en que la persona toma la Sagrada Biblia en sus manos y pasa a digerirla en su corazón, tendrá una poderosa arma contra las fuerzas espirituales del mal, capaz de vencerlas para la gloria de Dios-Padre, en el nombre del Señor Jesucristo. De ahí, la razón de todos los esfuerzos posibles en el afán de impedir a las personas que lean la Palabra de Dios. Esta es la razón del porqué en los países comunistas la Biblia está prohibida, siendo hasta motivo de condena de muerte por orden de las autoridades. Los comunistas tienen miedo de que la Biblia caiga en manos de las personas y éstas se conviertan al Señor Jesucristo y, consecuentemente, sean libres del yugo comunista. La fe viene por oír la Palabra de Dios, y cuanto usted la oye, amigo lector, oye lo que el Espíritu Santo habla a través de la Sagrada Escritura y como consecuencia usted tendrá más fe para vencer los impedimentos que el mundo nos presenta.

Hay personas auténticamente engañadas con respecto a cómo recibir fe y hacerla activa en su vida. Muchas veces se abstienen de cualquier alimento, haciéndolo incluso por muchos días, con muchas oraciones, intentando así obtener una fe más firme en la obra de Dios. La verdad es que estas personas serán verdaderamente santificadas o preparadas para la obra de Dios, pero nunca conseguirán más fe para que puedan hacer el trabajo de Dios, porque la fe es aumentada en nuestros corazones cuando buscamos oír más la Palabra de Dios. Los ayunos y oraciones jamás nos conducirán a la fe activa, viva y eficaz, sino tan sólo a una vida consagrada. Yo afirmo esto porque, además de estar escrito que la fe viene solamente por oír la Palabra de Dios, tuve muchas ocasiones en que vi a alguien ayunar y pasar noches en vigilia intentando prepararse para el día siguiente en el que iba a orar por los enfermos confiando en sus oraciones y ayunos y, sin embargo, su fe no fue suficiente, el trabajo no resultó completamente inútil porque el Espíritu Santo tomó las riendas de la reunión. Y esto no sucedió una sola vez, no, sino en varias ocasiones, para aprender que la fe no depende de ayunos y oraciones, sino únicamente de la Palabra de Dios, es decir, de nuestra atención obediente a ella.

Tal vez el lector se pregunte: ¿Para qué existen entonces el ayuno y la oración? ¿Tendrán valor espiritual? ¡Claro que lo tienen, y de qué manera! Pero necesitamos verificar la razón de cada uno de ellos en el ministerio cristiano. Por ejemplo: Cuando queremos comer uvas, no sirve de nada que la tierra sea buena, que el tiempo sea propicio, si no plantamos la semilla apropiada. ¿No es así? Mire, si nosotros queremos recoger uvas, tenemos que plantar la semilla de la uva ¡lógico! De la misma forma sucede con la obra de Dios. Si queremos que los milagros sucedan en las iglesias, necesitamos fe, y ésta sólo viene con la lectura de la Palabra de Dios. Evidentemente que hay necesidad de

oración y ayuno para que el Espíritu Santo pueda manifestarse a través de nosotros. El propio Señor Jesús afirmó que hay una clase de demonios que sólo se expulsan a través del ayuno y la oración; sin embargo, la fe es esencial para la operación de maravillas. Tanto el ministro de Dios como la persona necesitada, precisan tener fe para que se produzca el milagro. Cabe decir que ésta es la razón del porqué malos obreros han salido por todo el mundo, predicando el Evangelio del Señor Jesús, y han sucedido muchos milagros en las vidas de las personas; simplemente porque ellos tienen fe en aquello que está escrito en la Sagrada Escritura, y entonces los milagros acontecen naturalmente, teniendo en cuenta el hecho de que éstos ya fueron provistos por el Señor Jesús hace casi dos mil años, en la cruz del Calvario. Cuando alguien reclama a Dios el cumplimiento de Sus promesas, incluso sin estar consagrado, Dios le atiende, no en razón de sus méritos, sino únicamente para dar cumplimiento a Su Palabra, que es guardada por el Espíritu Santo de noche y de día. Ésta es la respuesta que podemos dar, sin pretender justificar nada, para aquellos que cuestionan los hechos milagrosos realizados por alguien que no está viviendo a la altura de la fe cristiana. El funcionamiento de la fe no depende totalmente de nuestras oraciones y ayunos, sino tan sólo de la certeza y confianza que depositamos en Dios y su Palabra.

Aquí puede llegar a cumplirse lo que dijo el Señor: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:21-23).

La obediencia: ¡Fe en acción!

Éste es otro factor importante para la obtención de la fe genuina, capaz de transformar toda situación. Yo he enseñado que la fe es más una cuestión de obediencia a la Palabra de Dios. El Señor, naturalmente, no va a pedir algo que nosotros no podemos dar, pero hay una exigencia por parte de Dios hacia nosotros, y esta exigencia se llama fe, y nadie puede contribuir con su fe en Dios sin que el Señor lo ayude. Reafirmo que Dios no es incoherente en exigir algo imposible de nosotros; sin embargo, en lo que dice con respecto a la fe, nunca está de más asegurar que ella consiste en nuestra obediencia a Dios.

Veamos por ejemplo el caso de Abraham: la Biblia afirma que él creyó en Dios, y esto le fue imputado para su propia justicia (Génesis 15:6). Él creyó en Dios y esta creencia hizo posible una justicia delante de Dios. De hecho, Abraham tuvo una educación que no es aconsejada para nosotros, porque en su ciudad la idolatría era tan absurda, tan inmoral, que las personas, además de dar culto a los demonios, dedicaban el acto sexual en plena plaza pública. El coito era adorado por otras personas que asistían. Es lo que ha sucedido en nuestro mundo moderno, en nombre de la libertad y por medio de la televisión y el cine.

Abraham vivía en un ambiente sucio, inmoral y degradante; aún así, a causa de su creencia en Dios, fue considerado justo. Analicemos la prueba de su creencia: cuando Dios dijo: “Abraham: vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Génesis 12:1); él, simplemente, obedeció la orden de Dios sin cuestionarla en absoluto. Imagine el lector, si Abraham se dijese a sí mismo: “¿Quién es éste que me manda salir de mi tierra natal para una tierra lejana, de la cual no sé su nombre? ¿Cómo osa mandarme que

abandone mi parentela, la casa de mi padre, mis propiedades, etc; sin al menos decirme quién es Él? Él dice que va a bendecirme, que va a hacer heredar la tierra a mi descendencia y que de mí saldrán reyes y tales cosas, si ni tengo heredero, y basta para ello que yo abandone todo aquello que adquirí con tanto sacrificio...” Sin embargo, su creencia fue tan fuerte, que él no dudó, sino que obedeció. Y ésta fue la gran prueba de su creencia en Dios.

La fe y la obediencia andan de la mano. Donde hay fe, también hay obediencia. Ellas son almas gemelas. Nadie puede mostrar fe en Dios sin obedecer su palabra. Pedro, cuando vio al Señor Jesús andando sobre las aguas, dijo amedrentado: “Si tú eres el Señor, mándame ir hacia ti sobre las aguas...” Y Él dijo: “¡Ven!” Y Pedro, descendiendo del barco, anduvó sobre las aguas y fue hacia Jesús (Mateo 14:28,29). Pedro creyó en la palabra del Señor Jesús y como prueba de esto obedeció Su voz de mando. Inmediatamente, sabiendo que era el Señor quien hablaba, descendió de la barca y anduvo sobre el agua. Y mientras mantuvo los ojos de la fe fijos en el Señor, continuó andando por encima de las aguas. Sin embargo, a partir del momento en que fijó su mirada en las olas, dejó de ver con los ojos de la fe para ver con los ojos físicos y entonces su derrota fue total, pues inmediatamente comenzó a hundirse. Creo que este pasaje bíblico refleja bien los momentos que cada tanto pasamos. Y esto sucede debido a la inestabilidad de nuestra creencia en aquello que está escrito.

Ha sucedido con mucha frecuencia que las personas, después de haber recibido la oración de fe y en consecuencia haber sido curadas, se preguntan la razón de no sentir ni un escalofrío o alguna emoción o incluso no haber tenido la visión de una luz o una cosa semejante y, así comienzan a dudar del efecto de aquella oración, y de

esta forma sufren nuevamente con la enfermedad o dolencia. ¿No fue exactamente esto lo que sucedió con Pedro cuando estaba andando sobre las aguas? La gran verdad es que no importa lo que sentimos o dejamos de sentir; cuando nosotros tenemos fe, simplemente obedecemos, incluso cuando todo escapa a nuestra comprensión. La fe es la certeza de cosas que se esperan, y cuando se tiene la certeza de que va a suceder lo que esperamos, entonces reaccionamos en dirección a la meta. La fe está ligada a la obediencia y esta a la acción; luego, ¡fe es acción! Naturalmente no todos creen así; sin embargo, es así que yo, personalmente, veo nuestra relación con Dios y tengo razones sobradas para testificar de esta forma incisiva con respecto a la fe, pues mi vida ha sido producto de ella.

El Espíritu Santo habla muy claramente con respecto a la fe en acción, cuando usa a Santiago 2:14-26, que dice: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por

las obras, y no solamente por la fe. Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta”.

Capítulo III

Como Despertar la Fé

"Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven" (Mateo 14:28-29)

Un hecho evidente en el ministerio de Nuestro Señor Jesucristo aquí en la tierra fue la manera en cómo Él usó cosas físicas con el fin de despertar la fe de los necesitados, para concederles los bienes espirituales.

Realmente, hemos notado en los Evangelios las diferentes maneras en que el Señor manifestó Su Poder para cuidar a los dolientes. Para muchos, Él usó sólo la palabra de orden y fueron curados, como registra Mateo 8:16: "Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos..." En otros, Él utilizó otras formas para curar. Es el caso sucedido en Galilea, que en Marcos 7:32-35 se narra así: "Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien".

Entonces, concluimos que los beneficios que el Señor Jesús realizaba eran los mismos de hoy, pero había una manera de hacerlo de acuerdo con el tipo de persona necesitada. Mire, ¿cuál es la razón por la cual el Señor realizaba las curaciones de modo diferente? ¿Tendría Él necesidad de poner sus dedos en los oídos del sordo o tocar

con saliva la lengua del mudo para que éste fuese curado? ¿Por qué entonces no usó sólo Su palabra para curar a aquel sordomudo? De hecho, nosotros hemos notado en nuestro ministerio que hay personas que sólo liberan su fe a través de cadenas especiales, tales como recibir unción en el lugar de la dolencia o enfermedad, o colocar sus dos manos sobre una mesa ungida con aceite, o beber un vaso de agua pura, etc. Creo que el Señor Jesús, cuando se manifestó así con aquellas personas tan sencillas, lo hizo con el único objetivo de dejarnos una gran enseñanza con respecto a las diferentes personas y sus diferentes maneras de despertar y liberar la fe que traen dentro de sí.

Creo que toda persona tiene fe y, que por mínima que ella sea, es capaz de transformar toda montaña que se le presente en una verdadera planicie; pero es necesario liberarla para que el milagro suceda. También, creo que la simbología bíblica nos fue dada exactamente para esta finalidad, es decir, para despertar nuestra fe; si no, no habría razón para ella en la Palabra de Dios.

La rosa ungida

Nosotros hemos sido severamente criticados por haber invitado al pueblo a que venga buscar una rosa “ungida” a la Iglesia Universal del Reino de Dios. Entendemos que la rosa es un símbolo del Señor Jesús, porque la propia Biblia declara, indirectamente, que Jesús es la Rosa de Sarón. Sarón era una planicie muy rica en vegetación que quedaba entre la ciudad de Jope y el Monte Carmelo. Salomón, lleno del Espíritu Santo, habla del Señor Jesús proféticamente, comparándole a una rosa de esta planicie. Pregunto yo: ¿será la rosa de Sarón más bella que las demás rosas? y ¿por qué la rosa que nosotros distribuimos gratuitamente para el pueblo no puede ser considerada símbolo de Nuestro Señor Jesús?

Yo me acuerdo, entre tantos testimonios, de uno especial. El de una señora que durante dos años consecutivos no se habló con su madre, que vivía a poco menos de diez metros de distancia de su casa. Un bello día, al salir del banco y regresar al hogar, miró la rosa que la tarde anterior había recibido en la Iglesia Universal del Reino de Dios, y que estaba en un jarrón encima de la heladera. Al verla le pareció ver algo divino. Entonces, imbuida por una profunda sensación de amor, salió y fue a ver a su madre y, a partir de aquel día, la relación entre ambas se transformó de tal manera que hoy la paz de Dios reina en sus respectivos hogares. Así se podrían mencionar infinidad de casos en que la hermosura de una rosa ha llevado a las personas a pensar en el Señor Jesús.

Verdaderamente, nosotros los cristianos, no damos culto a ninguna figura del Señor Jesús, pero, aunque nuestra fe sea sobre algo que no vimos y no vemos, nosotros no vagamos sobre la nada así como la tierra. Cierto es que, si por un lado rehusamos cualquier tipo de imagen que se refiera a Nuestro Señor; por el otro, admitimos recibir una simple rosa, que no fue producida por el arte humano y, sin embargo, es una expresión para representar o simbolizar al propio Señor Jesús. Así como el pan y el vino simbolizan Su carne y Su sangre y, positivamente, traen para nosotros beneficios reales y objetivos, ya que avivan nuestra fe librándola de preconceptos religiosos y siendo motivo de bendición.

Entonces, cuando yo oigo a alguien decir con tanta vehemencia que nosotros, Ministros de Dios, somos mercaderes de la Palabra del Señor que estamos interesados en el dinero y en nuestros propios beneficios, que somos los auténticos falsos profetas y que nuestra actitud con el pueblo es nada más y nada menos que mero exhibicionismo mezclado con sensacionalismo; entonces,

procuro analizar más de cerca la vida ministerial del Señor Jesús. Imagine, amigo lector, lo que los fariseos en la época del Señor Jesús debían decir y hacer con respecto a los milagros que Él estaba realizando en medio de su pueblo.

Es interesante señalar que los fariseos, saduceos y todos los demás religiosos legalistas no estaban interesados ni se alegraban de que los enfermos se curasen, como tampoco, de que la alegría y el gozo del Señor Jesús se transmitiese a través de las personas que en otro momento eran despreciadas. Pobres y miserables,¡no! La envidia y el egoísmo religioso cegaban a aquellos hombres, cuya finalidad era destruir lo que el Señor estaba construyendo. El Reino de Dios estaba penetrando en lo más íntimo de aquellos marginados por la sociedad, como fue el caso de María Magdalena, que antes era prostituta y, al encontrarse con el Señor Jesús, se transformó en una santa mujer. Y ¿no es exactamente lo que estamos enfrentando hoy en día? ¿Por cierto, no son los que se dicen seguidores del Señor Jesús los que están tirando piedras sobre nosotros? Recordemos lo que nos advierte la palabra del Señor que dice: “quien no está en contra de nosotros está con nosotros...” Esta verdad está siendo invalidada por la filosofía religiosa predominante de nuestro siglo.

Hay quienes nos llaman falsos profetas, mercaderes de la palabra de Dios, falsos Cristos, etc., pero no tienen el coraje de mirarnos con ojos espirituales, y aproximarse a nosotros con limpio corazón para ver de cerca que los cojos andan, los ciegos ven, los macumberos son liberados de la orgía de la brujería, los locos recuperan la razón, en fin, el Reino de Dios se propaga y Su Luz hace desaparecer las tinieblas de este mundo, especialmente en Brasil, donde se matan personas en los ritos supersticiosos con el objetivo de agradar a los orixás, negros-viejos, etc.

¿Estarán estos “santitos” osados interesados en ayudar al pueblo a encontrarse con Dios, o están sintiendo en la carne que sus ovejitas lanudas están dejando de comparecer a la asamblea social los domingos para ser trasquiladas?

Naturalmente, no nos estamos defendiendo de los ataques que sistemáticamente estamos sufriendo por parte de aquellos que se sientan a la misma mesa que nos sentamos nosotros para comer de un sólo pan y un sólo vino, ¡no! No tenemos necesidad de esto, pues nuestra vida está fundamentada, única y exclusivamente, en el Señor Jesús, y Él es nuestro único Abogado, delante del Padre. Sólo hablamos así para que el lector pueda liberarse de todo el sistema religioso difundido dentro de nuestra sociedad y gozar de todos los beneficios providenciales que recibimos por medio de la Cruz del Calvario.

El óleo bendecido

Es el aceite por el cual se ha orado pidiendo que sea para bendición tal como oramos por el pan y el vino de la Santa Cena.

Dicen los tradicionalistas tozudos: “El óleo bendecido sólo puede ser administrado por el presbítero...”, y también cosas como “Yo no puedo entender cómo “ellos” distribuyen un elemento tan sagrado”. Según los criterios, la sistemática de la unción con óleo debe ser sólo como afirma Santiago 5:14-15, que dice: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados”.

Ahora imagine amigo lector, si llamáramos a los presbíteros de las iglesias para ungir con óleo a todos los

enfermos que hay entre nosotros. Primero, el número de enfermos que hay entre nosotros es casi infinito y el número de presbíteros en las iglesias es ínfimo. ¿Cómo conseguiríamos atender toda la necesidad imperante en nuestra sociedad? ¡Imposible! Ésta es la razón por la que distribuimos el óleo bendecido a todas las personas; por ser más práctico, objetivo y mucho más operativo. Práctico, porque todos pueden tenerlo en casa, y a la hora de la necesidad, hacer uso de él, objetivo, porque alcanza de inmediato a todos los que de él necesitan y, por lo tanto, mucho más operativo.

Fue por eso mismo que el apóstol Pablo, no pudiendo visitar las iglesias de Asia, envió sus objetos de uso personal y también los lienzos que él mantenía para uso propio. ¿Y qué sucedió? Todos los enfermos y perturbados, al tocar aquellos objetos de Pablo, inmediatamente eran sanados y liberados. ¿Dónde está escrito en la Biblia que debemos mandar nuestros objetos personales para los enfermos? ¿Estaría él también mistificando la obra de Dios o quería presentar un Cristo Vivo y activo para todos los que Le invocan en espíritu y en verdad, activando la fe de los enfermos a través medio de sus objetos de uso personal?

La sal bendecida

Es la sal por la cual, al igual que con los elementos de la Santa Cena, pedimos la bendición de Dios para los que la reciben.

El Señor Jesús dijo que nosotros somos la sal de la tierra y, que si por ventura fuésemos insípidos, para nada más serviríamos sino para ser lanzados fuera (Mateo 5:13).

Nosotros estamos seguros de que el Señor está utilizando tan sólo un símbolo para enseñarnos una verdad: que la sal es el agente que da el sabor real a la comida, y

que nosotros debemos ser como la sal, para dar el verdadero sentido a nuestra vida cristiana y a nuestro alrededor. Él está queriendo decir que nosotros debemos ser fieles seguidores Suyos, hasta el punto de que el mundo pueda verle a través de nuestras vidas.

Así como el Señor usó un elemento para darnos una profunda enseñanza, así también no nos está prohibido usar el mismo elemento como un artificio, con el fin de despertar la fe de aquellos que están martirizados por una dolencia en la cama del hospital y que se encuentran imposibilitados de llegar a la Iglesia para una oración de fe. Cuántos padres han llegado desesperados a nuestras reuniones reclamando la ayuda del Señor de la vida, por tener a los hijos (quienes nunca desean venir a una de esas reuniones de oración), marchándose de casa, marginándose en las drogas, los juegos de azar, las bebidas alcohólicas, o se han vuelto afeminados, ladrones, o cosas peores. Cuando los caídos son invitados a participar de una reunión de oración, se revuelven y se rebelan contra Dios y contra las personas. Es por eso que nosotros utilizamos el elemento llamado “sal bendecida”.

Oramos con toda la fe sobre el elemento, pidiendo a Dios que aquellos que participan de la comida hecha con aquella sal sean poderosamente liberados de todos los vicios, enfermedades, etc; porque dada la concordancia nuestra con la de la persona que toma la sal, el elemento se vuelve efectivo para aquello que se propone. Y la consecuencia ha sido extraordinaria, pues, como pedimos a Dios, así ha sucedido. Pueden tenerse en cuenta los innumerables testimonios de personas curadas y liberadas a través de la sal bendecida, ¡gracias a Dios por ello!

El lienzo ungido

Cuando el apóstol Pablo no podía visitar a la iglesia de Asia, sabiendo que allí había muchos dolientes, enfermos y endemoniados, envió sus objetos de uso personal. Y Dios, por las manos del Apóstol, hacía milagros extraordinarios llevaban a los enfermos lienzos y ropas de Pablo, por los que las enfermedades huían de sus víctimas y los espíritus malignos se retiraban. (Hechos 19:11-12).

Esta práctica podrá parecer e algo rara o chocante en nuestro tiempo, pero hoy nos encontramos con el mismo derecho de Pablo para atender a los enfermos que cada vez aumentan en este mundo, y que llenan los hospitales, clínicas y sanatorios. Ellos no pueden venir a nosotros y nosotros no podemos visitarlos a todos uno por uno, pues no haríamos otra cosa más que esa en el día y además, tampoco cumpliríamos el objetivo de llegar a todos; por esto, les enviamos los lienzos. Ésta es la forma de hacer llegar a sus manos los liencitos ungidos que, colocados con fe sobre la enfermedad o parte doliente, harán lo deseado.

Capítulo V

Como Usar la Fé

“Encomienda al Señor tu camino, y confía en él; y él hará” (Salmo 37:5)

La fe es algo muy precioso para aquellos que de ella se sirven para vivir. De hecho, es una parte de Dios que tenemos dentro de nosotros y, por eso mismo, todo se vuelve posible para aquel que tiene esta certeza dentro de su corazón.

Acostumbro a decir que la fe es algo tremendamente importante; asimismo, puede servir tanto para nuestra victoria como para nuestra derrota. Yo la considero como la propia dinamita que puede ser usada tanto para destruir barreras, como romper piedras para la construcción de ciudades, o también puede servir para la propia destrucción humana. Tal vez amigo lector, lo considere incoherente de nuestra parte; pero, una fe simple, sin ninguna base o disciplina bíblica, puede volver la vida de alguien en un verdadero infierno. Por ejemplo: el Señor Jesús afirmó que si pedimos “cualquier” cosa en Su nombre, nosotros la recibiremos (Juan 14:13). Imagine ahora, si las personas de fe comenzaran a pedir cualquier cosa a Dios, sin ninguna regla o sin que sea de la plena voluntad de Dios, pues el propio Jesús oró al Padre diciendo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Imagine también, si las personas utilizasen su fe para desear algo ilícito. ¿Qué sucedería en la Iglesia del Señor Jesús? Bien, diría usted, nadie va a usar la fe para intentar conseguir alguna cosa ilícita. Sin embargo, ¿cuántas veces nosotros pensamos que estamos deseando algo limpio y honesto, y cuando lo alcanzamos verificamos

cómo fue de desastroso para nosotros? ¿Cuántas personas se casan por la fe, con la expectativa de llevar a su compañero o compañera a la Iglesia en un futuro próximo y, cuando menos lo esperan, ellas mismas se extravían?

La gran verdad es que debemos colocar nuestros deseos y objetivos según la voluntad del Señor, permitir que Él tome las riendas de nuestras metas. Por eso el rey David afirmó: “Encomienda al Señor tu camino, y confía en él; y él hará” (Salmo 37:5).

Por un lado la fe puede traer hasta disgusto, pero por el otro, (disciplinada de acuerdo con la voluntad de Dios) hará del cristiano un verdadero Apóstol como Pablo, que llegó hasta confundir a los sabios de la época y aún cambiar el curso de la historia con su testimonio de Jesucristo.

Para hablar con Dios

La Biblia afirma que sin fe es imposible agradar a Dios, por cuanto es necesario que aquel que se aproxima a Dios debe creer que Él existe y que es galardonador de aquellos que le buscan (Hebreos 11:6).

Entonces, para que yo alcance todas las bendiciones de Dios, al enfocar mi fe en el Señor Jesús, automáticamente, me considero delante de Su presencia y con la plena certeza de que Él está dando atención a mis oraciones e indudablemente, entiende mis fallas y mis problemas, y que a través de Su Hijo Jesús, es decir, por Sus méritos, me atenderá. Así es que nos aproximamos a Dios. No nos preocupamos por nuestros fracasos y pecados, pues éstos ya fueron cancelados por nuestra confesión al Señor Jesús que, a través de su sangre, hace posible el perdón.

Son innumerables las personas que pasan las noches en vigilias, con ayunos y oraciones, sin embargo, no consiguen

sentir la presencia de Dios, e incluso no consiguen la absoluta certeza de haber estado en Su santa presencia. Es que ellas están martirizándose sin cesar, contando y recontando sus pecados, sus fracasos, en fin, se quedan pensando todo el tiempo en su pasado, y consecuentemente se olvidan del presente, que es “sentir” la presencia divina.

Existen tres aspectos importantes para entrar en la presencia de Dios:

1) Reconocer la total soberanía del Señor Jesucristo en la confesión de los pecados.

2) Adorarle. Y esto no es difícil. Basta con que elogiemos Sus hechos, cantar cánticos que verdaderamente enaltecen Su Nombre, levantar las manos hacia el cielo, en el sentido simbólico de plena rendición a Su Persona, etc.

3) Contemplarle. Significa quedarse callado en Su presencia y oír lo que el Espíritu Santo tiene para decir, sin balbucear ni una palabra, sino solamente amarle con el corazón lleno de gratitud.

Para imponer al diablo la voluntad de Dios

Está probado y comprobado que la oración ha de ser específica, para poder verificar sus frutos. Cuando una persona enferma, perturbada y oprimida viene en busca de ayuda en oración, no sirve de nada quedarnos pidiendo a Dios que tenga misericordia de ella, y que haga un milagro en su vida, porque esto difícilmente funcionará para liberar a aquella criatura. Primero, porque la misericordia de Dios ya fue enviada a través del sacrificio vicario de Su Hijo Jesús; segundo, porque lo que nosotros tenemos que hacer, Dios jamás lo hará. Él hace aquello que nosotros no podemos hacer. Lo que sucede es que por más que nos

quedemos a orar a Dios para expulsar a los espíritus inmundos que están poseyendo criaturas, jamás conseguiremos alguna victoria por nosotros mismos.

En Mateo 10:8 encontramos el secreto para la victoria sobre los espíritus inmundos, dolencias y enfermedades. Dijo Jesús a los primeros apóstoles cuando les envió a predicar el Evangelio: “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”. Note amigo lector que Jesús no ordenó que se hiciesen oraciones para los dolientes, enfermos y endemoniados, sino que les dio la orden para curarlos, liberarlos, etc. Está ahí la clave del éxito de la Iglesia Universal del Reino de Dios. Nosotros no oramos a Dios por los dolientes y enfermos, ni pedimos para que Él libere al oprimido, ¡no!, ¡nada de eso! Nosotros hacemos esto a través de la fe en el nombre del Señor Jesucristo. Sin embargo, para que esto pueda ser realizado, nosotros ordenamos a satanás que deje a la criatura. ¡Le ordenamos en nombre del Señor Jesús! Y como él no puede soportar este nombre, entonces, tiene que salir, pues el Espíritu Santo hace confirmar nuestra orden.

Es por esto que usamos nuestra fe no sólo para hablar con Dios en favor de las personas en general, sino que también lo hacemos para ordenar a los espíritus malos que las abandonen.

Capítulo VI

Los Frutos de la Fé

"... y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5)

Si fuésemos a describir todas las bendiciones derramadas en una vida plena de la fe en el Señor Jesucristo, usaríamos todo el papel existente en el mundo y aún así jamás conseguiríamos describirlas, pues son infinitas; por eso, procuramos dividirlas en tres grupos: la Bendición Espiritual, la Bendición Física y la Bendición Financiera.

Vale la pena hacer notar que así como son tres los que testifican en el cielo, tres personas distintas, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; y nosotros, humanos, estamos dotados de un espíritu, un alma y un cuerpo, también las bendiciones de Dios son "triunas" en nuestras vidas.

La bendición espiritual

Es el mayor de los frutos de la fe, pues es eterna sin duda alguna, el perdón de nuestros pecados o la curación de nuestros cuerpos espirituales nos garantiza la vida eterna con el Señor Jesucristo.

Cuando la persona llega a ser bendecida espiritualmente, todas las demás bendiciones, es decir físicas o financieras, dependen de su fidelidad espiritual con Dios.

Bajo este aspecto, somos agraciados con la plenitud del Espíritu Santo y pasamos a vivir en profunda comunión con

Dios.

Cuando tenemos fe en el Señor Jesús como el único mediador entre Dios y los hombres, quedamos automáticamente justificados delante de Dios Padre; el Espíritu Santo, a través de la sangre de Su Hijo, nos purifica de todo pecado y entonces es que estamos justificados. El Apóstol Pablo afirma: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes...” (Romanos 5:1-2).

Cuando Dios me mira a través de Su Hijo Jesús, Él me ve un hombre perfecto, como era Adán al ser creado; ninguna mancha, ningún pecado, ningún defecto, en fin, nada absolutamente, que esté en contra de Sus mandamientos. ¡Aleluya! Por eso, Jesús es mi Salvador, porque me saca de debajo del poder de la muerte y de las tinieblas, para conducirme a las alturas de Su bondad y misericordia, y consecuentemente, bajo el poder de la vida y de la luz.

Antes era enemigo de Dios, pero por medio de Jesús recibo Poder de ser hecho Hijo de Dios, ciudadano del Reino de los Cielos, persona santa y propiedad exclusiva de Dios: “Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:9-10).

La bendición física

Así como la Bendición Espiritual significa la curación para nuestros cuerpos espirituales, la Bendición Física significa la

curación para nuestros cuerpos físicos.

Cuando Isaías profetizó con respecto al sufrimiento vicario del Señor Jesús, él lo hizo con tanta claridad y simplicidad, que no nos deja ningún margen de duda sobre la plenitud de la obra redentora del Señor Jesús. Así él se expresa: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:4-5). Y el apóstol Pedro añade: “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:24).

A través de estas palabras, podemos concluir que el mismo sacrificio hecho por el alma (lo espiritual) fue hecho para el cuerpo (lo físico). Cuando son perdonados nuestros pecados, inmediatamente somos curados de nuestras enfermedades.

Cuando el Señor Jesús manifestó Su poder en la curación de un paralítico de Cafarnaúm, nos mostró exactamente lo que significaría Su sacrificio en la Cruz del Calvario: salvación para nuestros cuerpos espirituales y físicos al mismo tiempo.

Al reconocer que la curación, tanto como el perdón de los pecados, es un derecho adquirido por la fe, no precisamos quedarnos pidiendo e implorando a Dios aquello que ya es derecho nuestro.

De ahí, pasamos a vivir espiritual y físicamente muy bien, a través de la fe en el Señor Jesucristo; pero, la vida abundante que el Señor vino a traer no es solamente al

cuerpo y al espíritu sino que está también ligada a nuestra vida financiera.

La bendición financiera

En cierta ocasión, un señor llegó a nuestro despacho pastoral, contando su problema: “Pastor, yo tengo una familia maravillosa: mi esposa y mis hijos sólo me han traído placer y satisfacción, yo gozo de paz espiritual y también todos en casa gozan de salud perfecta. Aún así, vivo una agonía constante, mis negocios van de mal en peor, a veces paso noches en vela, preocupado con los pagos del día siguiente y, en este exacto momento, llegué hasta el punto crucial de la quiebra, no tengo la más mínima idea de lo que voy a hacer.

Realmente, uno de los mayores problemas del ser humano es la falta de dinero. Nosotros vivimos en una sociedad de consumo, la propaganda bombardea nuestra mente cada vez más con cosas que nos dejan cada vez más sedientos. Por otro lado, la inflación cercando el cerco, y volviendo todo más difícil; el desempleo como un fantasma, rondando al pobre y oprimido, y así en adelante. ¿Cómo actuar ante este avasallador problema? ¿ Qué espera Dios de cada uno de nosotros ante todo esto?

Bien, la Biblia nos da la receta de una vida abundante, haya inflación económica o no. Cuando el Señor Jesús vino a este mundo, manifestó reiteradamente que el diablo es el causante de la muerte, del robo y de la destrucción. Él afirmó que vino para destruir las obras del diablo y traer la vida con abundancia: “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

Podemos ver claramente el deseo de Dios para nosotros, cuando Adán y Eva fueron creados. Cuando Dios los creó,

antes preparó la provisión de todo lo que ellos tendrían. En el Jardín del Edén había abundancia de todo lo que un hombre pudiera desear: abundancia de alegría y placer, de paz y amor, abundancia de comida y de agua, de salud y fuerza, en fin, abundancia de todo. David reconoció que Dios es Su Señor y que nada le faltaría; que Él le llevaría a pastos verdes, es decir, a la vida abundante... Y entonces surge la pregunta: ¿Cambió Dios su manera de reaccionar con el hombre?, ¿Le abandonó Él para siempre, porque mataron a Su Hijo?

¡Claro que no! Dios no cambió y jamás lo hará. Sin embargo, hay una disciplina, un orden que nadie puede traspasar si de veras está deseando participar de una vida abundante. Y el camino para esto se encuentra en Malaquías 3:7-12, que dice lo siguiente: “Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho el Señor de los ejércitos. Mas dijisteis: ¿En qué te hemos robado? ¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice el Señor de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice el Señor de los Ejércitos. Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice el Señor de los Ejércitos”.

El secreto de una vida abundante, ya sea espiritual, física o financiera, depende exclusivamente de cada uno de nosotros. Nosotros somos los que determinamos la vida

abundante, si tan sólo obedecemos la voz del Señor. Existe una amplia provisión financiera para todos, pero depende de nuestra fuerza de voluntad en andar a través del camino trazado por la Escritura Sagrada.

Cuando somos fieles en los diezmos y en las ofrendas nos estamos colocando en la posición de socios de Dios, porque el dinero en la obra de Dios se transforma en vidas salvadas del imperio de la muerte; es con él que la Iglesia paga programas radiofónicos, alquileres, programas de televisión, libros, folletos, Biblias; en fin, una serie de cosas que hacen promover en el seno de este mundo el Reino de Dios. De ahí que la participación de cualquier persona con sus diezmos y ofrendas hace directa o indirectamente expandir el Reino del Señor Jesús en esta tierra y, en consecuencia, disminuir el reino de satanás. Cada vez más, Dios es glorificado a través de nuestra participación financiera. Y es por esa razón que las bendiciones financieras son derramadas en abundancia, con el fin de que nosotros tengamos más y también podamos ayudar a otros a encontrar al Salvador Jesucristo.

Así, el hombre consigue éxito en la vida profesional, porque de ella participa el Señor Jesucristo, como su fiel socio inseparable.

El lenguaje de la fe

El rey Salomón dijo: “El que guarda su boca guarda su alma; mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad” (Proverbios 13:3).

Si meditamos bien en esta palabra, verificaremos cómo es profunda y verdadera. ¿Cuántos de nosotros hemos sido derrotados por la expresión de nuestras propias bocas? ¿Cuántas veces perjudicamos y fuimos perjudicados por nuestras propias palabras?

Jesús dijo que: “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mateo 12:36-37).

Inconscientemente confesamos lo que creemos, de ahí la importancia de tener nuestros corazones llenos de la Palabra de Dios con el fin de que podamos confesarla y como consecuencia, creer.

Cuando usted confiesa y reconoce la enfermedad es porque cree en el poder de acción en su cuerpo; por eso mismo, la curación sólo podrá darse cuando usted crea más en la eficacia de la fe en la Palabra de Dios. Sin embargo, usted dirá: “¿Entonces yo debo mentir, diciendo que no estoy sintiendo nada, cuando realmente lo estoy sintiendo?” ¡No, nada de eso! Pero, ni aún así usted debe confesarla.

Si una persona está sufriendo con alguna dolencia, ¿cuál es la actitud que ella debe tomar? Bien, si ella es verdadera seguidora del Señor Jesús, entonces debe saber que hay provisión amplia en Cristo para la curación de su enfermedad; por tanto, debe inmediatamente, al sentir el síntoma del mal, reclamar a Dios la eliminación completa de la dolencia y no quedarse diciendo a todos que está sintiendo esto o aquello... Porque cuanto más se confiesa la derrota, más somos derrotados.

La persona que tiene la fe bien sólida, al sentir cualquier síntoma de dolencia, inmediatamente debe reprender aquel mal, confesando la Palabra de Dios, que dice que el Señor Jesús llevó sobre sí todas nuestras enfermedades... y que por Sus llagas ya fuimos curados.